

El sanmartín de los vagos

Ya ha cumplido los setenta y cinco pero conserva, lozanas, sus facultades mentales. Ha sido hombre de acertadas sentencias. Habla poco pero sabiendo lo que dice. Ya en los atormentados tiempos de la II República sostuvo la tesis que ahora, por boca de gente conspicua, está alcanzando amplias resonancias. Lo escribo como lo dijo:

—A un trabajador no se'l despatxa. A qui es despatxa es al dròpol.

La frase es de una actualidad insoslayable. Han sido necesarios lluvias, soles y ventoleras para que una verdad tan elemental adquiriera el brillo que merece. Ha sido preciso un clima de austeridad para que se advirtiera la honda perturbación causada en el quehacer económico por disposiciones demasiado humanitarias. También es un error el pasarse de rosca.

—En los tiempos actuales, el trabajo no puede ser considerado una mercancía sujeta a los altibajos de la ley de la oferta y la demanda.

—Es verdad.

—El trabajador no es obrero sino productor, un ser humano cuya dignidad no permite enquistarle en la satisfacción de sus necesidades vitales mínimas.

—De acuerdo.

—El trabajo merece todos los respetos y no debe ser víctima de agiotajes ni de las consecuencias que derivan de un liberalismo sin freno.

—Muy bien, pero si el trabajador merece este respeto, está claro que deja de merecerlo en cuanto dimite de su categoría de productor en cuanto se convierte en una rémora para la empresa, en cuanto no responde con las aportaciones requeridas.

La legislación que no permite eliminar el engranaje perturbador de una máquina, no puede conducir, a la economía que regula, hacia etapas productivas y bienestantes. Fomenta el egoísmo y la holgazanería de los peores con una inejemplaridad a la postre caótica. Al otro lado del océano apareció hace unos años una especie nueva de asalariado. Le llamaban «el despidista». La especie estaba formada por todos aquellos parásitos que construyeron su nido en el más allá de la rosca de una legislación social avanzada.

—Todo productor debe ganar un salario digno; debe estar protegido su derecho al trabajo; deben existir organismos de protección para el caso de falta de colocación, para el caso de invalidez o de manifiesta desgracia.

—Todo empresario debe estar protegido contra la mala fe de sus subordinados; debe poder exigir al personal que colabora con él un mínimo de producción, en calidad y cantidad; un mínimo fácilmente comprobable y exigible a través de fórmulas justas sin caer en tendencias que pasen de rosca.

PRENDIDA DE LA ESTRELLA...

— POR L. D'ANDRAITX —

Prendida de la estrella, de la brillante estrella de Oriente, quedó una vieja leyenda.

Leyenda es, y nada más, pero hermosa. Más hermosa y, quizá, también más plausible que todas las que circulan acerca de los Reyes Magos, de su viaje a Belén y de la maravillosa forma de haber sido avisados del nacimiento del Hijo de Dios.

De los textos sagrados, muy poco podemos sacar, a ciencia cierta, de estos fabulosos personajes y de todas las extraordinarias circunstancias que presidieron su viaje a Israel. Alguna profecía parece referirse a ellos. Y, entre los evangelistas, únicamente San Mateo reseña, pero entre nubes, su aparición. El texto parece dejar entrever que los Magos llegaron en fecha posterior al Nacimiento, cuando ya María, José y el Niño habían abandonado la cueva y se habían instalado en una casa de la ciudad de Bethléem. Según San Mateo, también parece ser que la pregunta de los Magos a Herodes fue la que provocó de una manera indirecta la terrible matanza de los Santos Inocentes, decretada por el cruel tetrarca.

Tenía yo muy pocos años, los suficientes, empero, para comprender bien o mal lo que me explicaban, cuando me di cuenta que en mi alma cobijaba un extraño sentimiento, hostil, hacia los Reyes Magos. En mi interior, les recriminaba duramente por haber llegado a Belén tan tarde y porque, con su tardanza y su despiste, hubiesen despertado la atención de Herodes, y con ella la idea del sacrificio de los Inocentes. En el Belén diminuto que teníamos en casa, los Reyes no paraban un segundo en las montañas. Siempre eran los primeros en llegar a la «Cueva», pese a las protestas de mi madre, que intentaba explicarme que ellos no podían llegar a Belén hasta el seis de enero.

Yo, entonces, no podía darme cuenta de que mi sentir, de que mi anhelo, eran tan viejos como los pueblos. Ignoraba que muchas tradiciones, que muchos artistas, que muchas leyendas, colocan a los tres Reyes Magos en adoración en la «Cueva» el mismo día de la Natividad del Señor. Mucho más tarde lo supe. Tuve una gran alegría y casi me enfadé con San Mateo.

Ya mayor, me siguió preocupando el tema y fui coleccionando todas las leyendas que a los Santos Reyes hacían referencia. A los Reyes y a la Estrella y su viaje rápido, milagroso, desde Persia a Judea. Pero en ninguna llegaban exactamente los primeros y, como no fuese con la ayuda de un Angel-estrella, era imposible hacer salvar a la caravana real la enorme distancia que separa Israel del Oriente lejano, en tan corto espacio de tiempo. Finalmente, dí con mi leyenda.

Hilaba la Virgen en su casita de Nazareht. Hila-

ba seda, oro y púrpura para una cortina del Templo. Los rayos del sol acariciaban sus manos y ella acariciaba con sus oraciones a Dios. De pronto, más luz aún irrumpió en la estancia. Gabriel dijo: «¡Salve, María!»

Turbada, María oyó el mensaje del Arcángel. Turbada y como si siguiese en oración. Pero toda turbación desapareció de Ella, al aceptar la voluntad de Jehová, su Dios.

«He ahí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

Y el Verbo se hizo carne.

En aquel mismo instante, dieron los cielos señal al mundo de la Concepción.

Sobre el cielo de Oriente, apareció una estrella de rumbo y brillo desconocidos. Astrólogos y hombres de Ciencia del Imperio Persa consultaban notas y anales. En cada ciudad fueron interrogados los más entendidos. En vano. Ni el curso de aquella estrella era previsto, ni su luminosidad explicable. Parecía un astro en llamas, más brillante que el Sol en su cénit, más brillante que la Luna en las noches blancas de plenilunio.

Los sacerdotes de la religión reformada por Zarathustra, recordaron una profecía, «Y una Virgen concebirá sin concurso de varón, y seguirá siendo Virgen. Cuando esto ocurra, veréis una señal en el cielo. Preparaos y ponéos en camino. Llevad presentes. Una estrella os conducirá hasta el Rey de Reyes, hasta el Dios de dioses que habrá nacido».

Persia, atajada entonces su expansión hacia Occidente, había ampliado sus fronteras a costas de la India, y era también señora de Arabia. Tres príncipes hermanos regían los tres reinos. Baltasar, la India. Gaspar, la Arabia, Melchor, la Persia propiamente dicha.

No anduvieron remisos en los preparativos. Pero tenían trece lunas de tiempo. Prisa, pero no urgencias. Decidieron ir los tres embajadores de sus tres pueblos. Se organizó con detalle y sin descuido la caravana de rumbo ignorado y sin guía. La estrella sabría conducirles.

Vestidos los tres príncipes con pompa real y acompañados de escolta, emprendieron la más fantástica peregrinación y la primera del mundo cristiano que registran los siglos. Larga, penosa, entusiástica romería.

Los tres Reyes Magos, los tres primeros romeros del cristianismo, conducidos por la Estrella, llegaron a Belén, a la «Cueva», en el preciso momento que Dios había nacido.

Tres libras de oro, depositó, Gaspar a los pies de Jesús,

Tres libras de incienso, Melchor.

Y Baltasar tres libras de mirra.

¡Ah si los hombres fuéramos ángeles! Por desgracia hay que contar más con la mala fé de unos pocos que con la bondad de la gran mayoría. Yo creo — y perdonen la herejía si es que merece este nombre — que es preferible la ley que permite el libre despido que no su contraria; porque la primera estimula la producción, aviva la competencia y crea grandes fuentes asequibles de riqueza. La ley que no permite el despido sino por causas contadas y difíciles de demos-

trar, fomenta la vagancia, corta todo estímulo y obliga a un descenso masivo de la producción. La Rusia de los soviets tuvo que inventarse el estajanovismo para no caer en la esterilidad más absoluta.

—Existe el peligro de que quede sin empleo un trabajador.

—¿No encontrará, acto seguido, veinte empresas que le están esperando? El que no tendrá solución será el vago; en el pecado habrá encontrado su penitencia.

Economistas ilustres están discutiendo la cuestión con el deseo de alcanzar la solución más justa. Manifiesto mis más sinceros respetos para el trabajador. Y estoy seguro de que, sea cual sea la solución definitiva, éste saldrá ganancioso con sólo huir de tendencias sociales desmesuradas.

Raramente se despiden a un trabajador. La sentencia es digna de Séneca. Al que se despiden es al gaudul.

Antonio Miralles Manresa.